

# EL EXILIO INTELECTUAL Y EL INTELECTUAL EN EXILIO EN EL *DIARIO DE ANGEL RAMA*

---

JUAN POBLETE

---

University of California, Santa Cruz

“You will find no new lands, you will find no other seas. The city will follow you.  
You will roam the same streets. And you will age in the same neighborhoods (...)  
Always you will arrive in this city. Do not hope for any other,  
There is no ship for you, there is no road.”<sup>1</sup>

## *Preámbulo*

En 1998 Mari Paz Balibrea, a la sazón profesora en la Universidad de California en Santa Cruz, propuso originalmente la idea de celebrar con una conferencia los 60 años del exilio español. Maripaz quería organizar una revisión del concepto del exilio tanto en el contexto interno del Hispanismo peninsularista como en el externo que relacionaría dicho Hispanismo con campos y conceptos mucho más en boga en el ámbito norteamericano. Me refiero a términos como poscolonialismo, migraciones y diásporas. En ese entonces yo me encontraba organizando una conferencia titulada “Rethinking Area and Ethnic Studies: Chicano/Latina/Latina American Studies” cuyo objetivo era poner en contacto tradiciones institucionales diversas que estudiaban objetos y procesos que, en tiempos de globalización, parecían haberse acercado al punto de requerir, por lo menos, un diálogo de parte de esos tres campos. En la discusión con Maripaz, mi idea inmediata fue entonces, hacer tanto la pregunta histórica como la pregunta institucional: qué importancia habían tenido tanto los conceptos como las realidades del exilio, la migración y la diáspora en el desarrollo de los diferentes campos en que los diversos estudios sobre el mundo hispano (en un sentido amplio) se habían organizado en los Estados Unidos.

Rápidamente una primera hipótesis doble y general cobró forma: el concepto de exilio era importante en el ámbito hispanista (peninsularista) y en el del Latinoamericanismo. El de migración/inmigración parecía crucial para los estudios Chicanos y Latinos, mientras que el de diáspora era usado con frecuencia en los estudios poscoloniales. Por otro lado, las realidades históricas del exilio de

intelectuales en México y los Estados Unidos se insinuaban como fundamentales en la conformación del peninsularismo y el latinoamericanismo institucionalizado en ambos países. Mientras que las migraciones y desplazamientos masivos de poblaciones mexicano-americanas parecían ser tanto el origen histórico como una de las preocupaciones hoy dominantes de los estudios Chicanos y Latinos. Esta separación nítida entre lo que aparecía como una oposición entre exilio (de intelectuales selectos) versus migración y diáspora (de poblaciones masivas) y su importancia en la conformación de campos del saber fue, poco a poco, diluyéndose, en la medida en que en la discusión del colectivo que edita este volumen, resultaba obvio que una mínima consideración de los campos involucrados requería el uso de, al menos, esos tres conceptos. Así, por ejemplo, los Estudios Latinos parecían indicar, al menos en algunas versiones, el momento en que los estudios de poblaciones masivas latinoamericanas (de América Central, del Caribe, y de Sudamérica) podían incorporarse/enfrentarse al paradigma de los estudios de las minorías étnicas en los Estados Unidos. Por otro lado, un vistazo a los estudios cubanos insinuaba de inmediato que el concepto del exilio intelectual selectivo podía ser fundamental para un espacio de estudios étnicos.

En el ámbito histórico las cosas parecían más claras: los estudios chicanos y portorriqueños eran el resultado del colonialismo norteamericano y de las migraciones fluidas y constantes de grandes poblaciones que aquel había iniciado. Estas eran diásporas que combinaban históricamente la permanencia y la movilidad en ciudades como Nueva York, Chicago y los vastos territorios del Sudoeste norteamericano. Los estudios Latinos emergían en el momento en que la evidente variedad, cantidad, historia e importancia de las poblaciones hispanas residentes en los Estados Unidos ya no podían ser descritas con justicia bajo conceptos derivados del nacionalismo chicano/a o portorriqueño. Para los Estudios Latinoamericanos de base literaria y humanística había por los menos dos fases relevantes. La primera fase constaba de dos momentos: en primer lugar, el exilio selecto de notables intelectuales españoles a partir de la Guerra Civil (1936-1939): José Gaos, Ramón Xirau, Tomás Segovia, etc en México; y Pedro Salinas, Américo Castro, Federico de Onís, Juan Marichal, Manuel Durán, Carlos Blanco Aguinaga, Claudio Guillén, etc en los Estados Unidos.<sup>2</sup> Este exilio intelectual había dado origen a instituciones tales como el Colegio de México y había expandido y, a veces, consolidado algunos de los primeros departamentos de Spanish Studies en importantes universidades norteamericanas (Princeton, Columbia, Harvard, Yale). En segundo lugar, el exilio producido por las dictaduras del Cono Sur en los años setenta y ochenta del siglo pasado (en México: Néstor García Canclini, Noé Jitrik; en los Estados Unidos, René Jara, Hernán Vidal, Tomás Eloy Martínez, Josefina Ludmer para citar sólo algunos ejemplos) había tenido gran influencia en la configuración disciplinaria. La segunda fase, tenía y tiene que ver tanto con la incorporación masiva, heterogénea y creciente de grandes poblaciones latinoamericanas al territorio estadounidense, como con la globalización de los espacios nacionales latinoamericanos en el fin de siglo.

Rápidamente también, resultó más que evidente que cualquier intento enciclopédico individual por abarcar esta variedad histórica e institucional, resultaría, por decir lo menos, prematuro dado el estado de los estudios sobre estos temas. Mi participación intelectual en la conferencia se tituló: “Between Migration and Exile: Rethinking Area and Ethnic Studies” y puede ahora leerse como parte de mi introducción a *Critical Latin American and Latino Studies*.<sup>3</sup> En el presente ensayo me gustaría realizar un doble movimiento que ajusta el foco para centrarlo en una figura: Angel Rama, mientras mantiene al menos el espíritu y la perspectiva abarcadora de las preguntas originales. Quiero ocuparme pues del *Diario 1974-1983* de Angel Rama publicado en Montevideo en 2001.

### *Diario 1974-1983*

Angel Rama (Uruguay, 1926 -España, 1983) se ha convertido ya en un clásico de la cultura latinoamericana. Eso se ha manifestado no sólo en la inclusión de sus ensayos en la colección Ayacucho, en cuya fundación y diseño tuvo tan destacada participación, sino también en las formas de lectura a que ha sido sometido.<sup>4</sup> A Angel Rama —que en tanto clásico funciona como un punto de referencia a partir o en contra del cual se construyen y se legitiman discursos— se le podrían aplicar los conceptos y criterios que él elaboró para el estudio de los campos culturales y los intelectuales latinoamericanos. Preguntarse, por ejemplo, qué pasa cuando lo pensamos como transculturador (¿en qué fuentes intelectuales internas y externas abrevó?), como miembro de la ciudad letrada (¿qué funciones y cargos desempeñó? ¿bajo qué condiciones de poder produjo su discurso?), como crítico especializado y profesional (¿cuáles fueron los vehículos de su prosa y sus medios de acceso a los lectores?) y como agente cultural (¿qué empresas fundó y cómo buscó y (se) acomodó (a) las demandas de sus públicos?) Preguntarse entonces, ¿hasta qué punto esta grilla, que excede con mucho las posibilidades de este artículo, permite comprender a fondo la labor múltiple de Rama y cómo su carrera confirma y complica esos conceptos y esquemas?<sup>5</sup>

Pocos intelectuales encarnan como Rama, en su propia biografía y de una manera más patente, la dimensión continental latinoamericana de los años sesenta y setenta. Dio conferencias y cursos en gran parte de América Latina y vivió y trabajó en Montevideo, San Juan de Puerto Rico, París, Stanford, Maryland y Caracas. En ésta última obtuvo la nacionalidad venezolana debido a la negativa de la dictadura uruguaya a renovar el pasaporte.<sup>6</sup> Este periplo múltiple y las reflexiones que cada una de estas etapas de su vida fue generando en Rama, se hallan ahora en su *Diario 1974-1983*. Este texto, en efecto, puede ser leído, al menos en tres niveles cruciales e interconectados de su estructuración: como una prolongada y sagaz meditación sobre la historia, el destino y las características del intelectual latinoamericano; como un análisis del latinoamericanismo académico (especialmente del norteamericano), y, por último, como una reflexión compleja sobre el exilio del intelectual que, inevitablemente, parece ser, por un lado, uno de sus destinos posibles, un peligro siempre al acecho en nuestras frágiles economías,

culturas y políticas; y por otro, uno de sus rasgos definitorios y constitutivos.

### *El Intelectual Latinoamericano*

Uno de los aspectos que el *Diario* genera y desarrolla con mayor insistencia es lo que podríamos llamar una radiografía del intelectual latinoamericano. Esto se lleva a cabo en dos niveles: el sociológico, en donde Rama establece una suerte de tipología o casuística que, aunque no sistemática, es con frecuencia penetrante y mordaz; y el nivel autobiográfico, en donde la forma genérica del diario de vida le ayuda, en su plasticidad, al desarrollo de una permanente vigilia autocrítica.

Los intelectuales latinoamericanos son muy pocos, parece decir Rama. Los que realmente existen son con frecuencia intelectuales parroquianos que se distinguen precisamente por su falta de perspectiva continental. Comentando una selecta reunión del comité editorial de la Biblioteca Ayacucho, Rama apunta desconsolado:

“Compuebo, y con la mejor audiencia posible, la atroz incomunicación latinoamericana. Y más que nada, la ausencia de un verdadero plano continental, unitario para medir su creación cultural, aplicando en la óptica crítica esa conciencia latinoamericana de la que tanto se habla y la que tan escasamente se practica” (39)<sup>7</sup>

Esta limitación se manifiesta siempre como una ceguera para ir más allá de los límites de la esfera cultural local, regional o nacional. La única excepción es la de quienes miran directamente a Europa y buscan su propia relevancia en el establecimiento de esas conexiones deseadas con una cultura europea severamente limitada a las vanguardias de entreguerras (Joyce, Rilke, Kafka). Desfilan por el *Diario* una serie de intelectuales nacionales cuando no nacionalistas que vale la pena recoger. Hay el intelectual argentino de salón que se desplaza muellemente en los círculos de la alta burguesía nacional que lo patrocina; “amables dilettantes” (76) a los cuales Rama se reconoce atraído “porque como dice Marta [Traba], adoro ese universo social como un oscuro joven arribista. Es posible: me acuerdo (...) de mi actitud crítica pero a la vez seducida por este medio en el que nunca participé realmente (...) escapando no bien percibía que podía ser capturado” (60-61)

A partir de esta caracterización del dilettante se entiende mejor el sueño utópico de Rama, sobre el cual volveremos luego, respecto a su propia labor intelectual ideal:

“El sueño recurrente es el de esta felicidad de leer, aprender, escribir, libre, erráticamente, yendo de una cosa a otra, sin depender de nada ni nadie. Sabiendo al mismo tiempo que lo poco que he hecho ha sido bajo una imposición circunstancial.” (61)

Se tensan en esta declaración, dos polos entre los cuales Rama se sabe situado: el humanismo tradicional como cultura valórica y la profesionalización del intelectual que exige y genera en éste, un nivel diferente de concentración

y productividad. Así Rama descubre sus propias contradicciones, en las que, a menudo, cualquier lector intelectual puede sentirse plena y tal vez dolorosamente retratado:

“...redescubro tantas libretas inconclusas, con vago malestar, rehúso mi trabajo, la concentración, me disperso como un delta, paso de un tema a otro, ‘mariposeo’, y aun enciendo el televisor y visito la cocina y me ofrezco un habano prohibido y atiendo el teléfono y programo una noche y quiero estar en todo y —lógico— no estoy en nada” (63)

Más adelante en el *Diario*, Rama encuentra el justo medio entre aquel humanismo libre y las determinaciones de la profesionalización, en ésta que podríamos llamar una celebración de los méritos relativos de los plazos y las imposiciones sobre la vida intelectual:

“Una imposición exterior determina el tiempo y la intensidad del trabajo intelectual. Si es demasiado conminante surte un efecto contraproducente: concluyo por faltar a mis obligaciones. Si es demasiado laxa tampoco tiene efecto. Hay un punto equilibrado en que esa coordenada externa se transforma en un componente efectivo del trabajo, combate con eficiencia mi tendecia dispersiva, atraída por múltiples curiosidades” (133)

La figura del intelectual de izquierda, por otro lado, le ofrece a Rama, quien fuera una de sus más notables encarnaciones en el continente, la posibilidad de visitar uno de los tópicos que parecieran definitorios y consustanciales a las tres décadas que entre 1950 y 1980 vieron las continuas luchas entre los diferentes y alternativos modelos de desarrollo material y cultural, socialista o capitalista en América Latina. Hay, por ejemplo, una referencia constante a las autocríticas y evaluaciones de los eurocomunistas (Semprún, Claudín) y a lo que los latinoamericanos podrían aprender de esta revaloración de la cultura democrática formal. Hay, también, las obligadas referencias a los intelectuales cubanos y sus distancias relativas al centro, en este caso claramente corruptor, del poder político (Fernández Retamar, Portuondo, Arenas); hay, asimismo, abundantes reflexiones sobre las tomas de posición de los intelectuales latinoamericanos frente a la cuestión cubana. Por sobre todo, hay una dura y clara evaluación de una figura nueva: la del escritor profesional que *debido a su prestigio y capital cultural específicamente literario* intentaba autosituarse en una posición de intermediación entre el espacio cultural y el político. Los casos que Rama comenta con mayor detención son los de Gabriel García Márquez y Julio Cortázar. Sus conclusiones en ambos casos, son más bien melancólicas: ambos parecen haber dejado atrás sus mejores días como escritores y se dedican sin mucha información y capacidad a la difícil tarea de mediar y presionar las esferas públicas europeas y americanas en que se mueven:

“Quién es hoy Gabo? No decepción, no desagrado, simplemente perplejidad. Parecen no quedar huellas del escritor, al menos como ese escritor fue, él lo

sabe y aun trata de jugar con esa imagen superpuesta a la antigua. Tampoco un periodista, pero asimismo no un político, sino algo cercano a ambos términos y diferente: un viajante político-cultural quizás, un agitador, pero no un ideólogo, 'of course', sino un animador o relacionador que opera entre los centros de poder político de la izquierda." (68)

Junto al dilettante y al intelectual de izquierda aparece, en el panorama del *Diario*, el intelectual de orientación fundamentalmente eurocéntrica (muchos argentinos y uruguayos) y el pseudointelectual dedicado al chismoseo y a complacer a quien tiene delante con historias sobre sus supuestos enemigos. Después de uno de estos encuentros Rama anota: "Reviví un tipo de intelectual uruguayo de otra época, lo que llamábamos 'pastelero', poco riguroso, sociable, amigable en demasía, sobreviviendo en el medio mediante concesiones, chismoso y escasamente culto" (126) Los intelectuales cubanos y los venezolanos, sobre los que volveremos más adelante, le parecen a Rama particularmente afectados por esta fiebre del chisme. Y sin embargo, a la hora del balance, descubre que hay algo valioso en cada uno de estos formatos contrastivos de intelectual:

"Yo lo interpreto como el habitual clima de la vida cubana recorrida de chismes y rumores como no he conocido otro país; un mundo pueblerino llevado repentinamente bajo los focos universales. Parecido a Venezuela. Y por su atención al detalle concreto, visto en sí mismo fuera de toda coordenada valorativa general, exactamente lo contrario del funcionamiento cultural argentino, atendido a las normas, leyes, valores generalizados hasta el punto de perder la visión de lo concreto para sólo ver en ellos la aplicación de un principio." (75)

Es decir que hay, también en el análisis cultural, un justo medio entre la especificidad de lo micro y las proyecciones de lo macrosocial. Se inicia así, indirectamente, una poética del *Diario* como género —entre el chisme y lo anecdótico, por un lado, y la abstracción y la reflexión por el otro— que el texto, como resulta casi inevitable en este tipo de escrito, desarrolla de modo sostenido. Cada vez que Rama se acerca a su libreta para consignar una idea, una anécdota, una queja o un encuentro, pareciera estar cuestionándose su relevancia y su derecho de inclusión. ¿Para qué anotar esto, por qué señalar aquello, cabe esto dentro del espacio específico de la textualidad del diario?, son todas preguntas que el *Diario* implícita y a veces, explícitamente, se hace de continuo. Rama escribe así algunas de sus páginas más bellas y conmovedoras. Todo el *Diario* parece proustianamente animado por un esfuerzo por sustraerse al paso inevitable del tiempo, a la pérdida de la memoria; un esfuerzo que busca, angustiosamente a veces, el sentido de la experiencia diaria en el marco más amplio de la Vida individual como modelo discursivo. La vejez, el decaimiento que tan dolorosamente le recuerdan a cada rato sus dientes y prótesis, su (falta de) pelo y su barriga, inspiran una tarea de recuperación escrita de lo vivido, como si en ese registro se jugara su importancia y validez:

“Pero es todo Montevideo, toda mi vida de hecho, lo que no puedo recuperar, lo que se ha ido de mis manos. Esa conciencia, bien dolorosa, es lo que explica mi necesidad de fijar cada día lo que veo y siento, es el origen de esa reacción interior que me susurra, en la calle, en la oficina, ‘ve esto, registra esa luz’, conserva ese árbol’ (...) Con la recuperación del ciclo de las estaciones, en USA, también he recuperado la extremada fugacidad del tiempo, mi propio desintegrarme dentro de él, la oscura premonición que dice ‘ya es tarde’”. (124)

O también en este otro lúcido momento:

“Hacia atrás estoy perdiendo toda medida correcta del tiempo, porque las cosas se fugan a una velocidad que asusta. No es el presente, es el pasado, y no es que lo pierda, sino que está mucho más lejos que el tiempo que ha transcurrido como presente” (78)

Sin embargo, y a pesar de esta declaración, el *Diario* emerge como una máquina textual poderosa para la elucidación del sentido de la conciencia en su contemporaneidad inmediata:

“El Diario no puede nacer sino es de una cierta experiencia de la soledad. Implica escisión, un tiempo propio donde la autoconciencia puede manifestarse. Es un repliegue.” (58) “...el Diario no ha nacido porque sí en mi vida en estos años: voy entrando dentro; y no es el cambio de medio y sus hostilidades, sino la tarea del tiempo que me lleva a un ámbito interior para el que he sido tantas veces sordo y me propone su calma y su sedimentación del vivir” (98)

Al final, en una respuesta de larga tradición en las letras occidentales, el *Diario* no es más que otra forma de vivir la muerte de la vida, como una vida que no se agote en su continuo extinguirse y desaparecer diariamente:

“Pienso que aunque sí, la rechazo interiormente, haré lo mismo cuando venga la muerte, cerraré con calma el libro, sin duda lamentando no haber tenido tiempo para un trabajo más (...) ¿Por qué este cuidado con el Diario? ¿Por qué este gusto por el soliloquio que con él estoy ejerciendo...” (140)

En el *Diario*, en su escritura, la vida se experimenta continuamente como sentido, o al menos como búsqueda de sentido, como posibilidad de sentido. Allí radica su fuerza, allí su atracción.

Tanto en el nivel sociológico como en el autobiográfico, el *Diario* de Rama proporciona una suerte de revés de la trama de sus dos libros más famosos: *Transculturación Narrativa* y *La Ciudad Letrada*. En relación a *Transculturación* Rama anota de manera muy franca, por ejemplo, sus ideas comparativas respecto a los méritos relativos de García Márquez y Arguedas. Pero es en la conexión con *La Ciudad Letrada* que el *Diario* adquiere mayor importancia. Podría decirse que en este último texto, Rama proporciona no sólo la historia interna de la escritura de aquel volumen —la beca en el Wilson Center, la lectura de José Luis Romero,

la primera conferencia en que expone sus ideas, los comentarios de Claudio Véliz acerca de las conexiones entre el modelo de Rama y el que él había desarrollado y publicado ese mismo año de 1980 en su libro *La Tradición Centralista en América Latina*—,<sup>8</sup> sino que también una especie de ejemplo supremo, en tanto el autor del libro sobre las relaciones entre los letrados y el poder, nos da su propio y tortuoso itinerario en el medio de las luchas por el poder público y la autoridad intelectual en el ámbito del saber latinoamericano y latinoamericanista. Allí donde el Saber aspira siempre a convertirse en Poder, en ese corazón de saber/poder de que se nutría, foucaultianamente, su hipótesis sobre el funcionamiento intelectual del continente, ahí mismo se halló siempre centralmente localizado Angel Rama. Desde allí entonces, analizó a los otros y se autoanalizó como intelectual. En este último sentido es que su reflexión adquiere en el Diario mayor penetración. Rama se autopercibe a menudo, y a lo largo de sus múltiples polémicas públicas, en una constante lucha con sus propios impulsos: entre la rabia y las ganas a veces violentas de revanchismo *ad hominem* y el esfuerzo por mantenerse en un plano de discusión formalmente más neutro y especializado; entre la personalización de las razones de los enconos, traiciones y resentimientos y su explicación sociológica a partir de macrovariables que insertan el comportamiento individual en marcos mas amplios para su historización y cabal comprensión, entre la ambición personalista y el genuino esfuerzo intelectual. En este esfuerzo y en este espíritu desarrolla los otros dos aspectos de su texto que aquí nos interesan.

### *Entre el intelectual latinoamericano y el académico norteamericano*

A todo lo largo del *Diario*, en efecto, Rama se esforzará por investigar la situación específica que liga el comportamiento de un cierto tipo de intelectual con el nivel de desarrollo de los campos de estudios en el medio en que se mueve. Si respecto a los intelectuales venezolanos, como veremos, se siente siempre tensado entre endilgarles a nivel personal los peores rasgos del provincialismo mental y entenderlos en función del grado relativo de desarrollo del campo cultural, será respecto a los intelectuales académicos en el ámbito norteamericano y europeo donde descargue algunos de sus dardos mas finos y venenosos.

La crítica central de Rama establece una oposición fundamental entre el intelectual público y el intelectual universitario (que de aquí en más llamaremos para efectos de claridad, académico):

“...sigo preguntándome: ¿por qué parecen de algodón los universitarios? ¿por qué el horizonte mental en que se mueven parece tan limitado? ¿por qué resultan tan enajenados respecto las auténticas líneas de fuerza que recorren el medio en que viven? Como si fueran un reflejo pálido de los altos burgueses quienes tienen a su favor que ocupan claramente sus posiciones dominantes, que están situados dentro de la producción real de la vida y son reales (hasta ser odiosos) como ella.” (52)



Debe, por supuesto, destacarse que estas reflexiones son autobiográficas no sólo porque tienen en parte que ver con los múltiples problemas que Rama enfrentara en su inestable carrera universitaria en Venezuela (el Diario abunda en informaciones sobre sus angustias respecto a la renovación de su contrato, la asignación de clases, los celos de los colegas, etc), sino, y muy especialmente, porque describen su propio proceso personal de transformación. Si en Montevideo Rama había sido amplia y reconocidamente uno de los intelectuales mas relevantes del país y sólo secundariamente, desde 1966, un profesor universitario, en Caracas deberá recomenzar su carrera pública a partir de su inserción como profesor regular en la Universidad Central de Venezuela (cargo que desempeñará desde 1973 a 1978). Este proceso resultará en Rama en un cuestionamiento constante de su propia actividad docente (que, sin embargo, dice gozar y amar profundamente) y de su lugar específico como intelectual exiliado en Caracas. A su trabajo en la Universidad Central, Rama agregará muy pronta y extensamente su labor periodística en diarios como *El Nacional* y *Ultimas Noticias*. Tareas que llevará a cabo como una forma de reconectarse con esa vida de la cual la academia parecía naturalmente escindirse. Por ese camino también, terminará siendo el objeto de múltiples enconos y rivalidades que no acabarán hasta que se vea obligado a abandonar el país.

Esta escisión entre el universitario y el contexto sociocultural en el cual aquel se desempeña le será a Rama particularmente evidente en el caso del Latinoamericanismo euronorteamericano. Allí, obviamente, la experiencia vital y el objeto de estudio parecían en los años 70 condenados a una separación irremediable (que, sin embargo, sólo un par de décadas después, la masificación de las migraciones latinoamericanas a los Estados Unidos y la globalización del orbe se han encargado de transformar.)

Invitado a dar una serie de conferencias en los Estados Unidos, se declara harto de:

“...esa mezquindad o poquedad profesoral que ahora que recorrí California volví a sentir con el pasmo de siempre: ¿por qué se dedican a la literatura y al arte si nada tienen que ver orgánicamente con ellos? Sólo en Stanford (...) sentí que recuperaba el fervor imaginativo del arte (...) Pero en Arizona o Los Angeles, el orden profesoral en toda su sequedad y reduccionismo (sí, jibarizadores de lo bello, de lo fuerte, de lo verdadero)” (127-128)

A la falta de conexión orgánica con una cultura viva como una característica generalizada del Latinoamericanismo norteamericano, Rama agrega una opinión lapidaria sobre las consecuencias de la ultraprofesionalización de ese campo de estudios:

“...lo normal es que los profesores no intercambien nada, a pesar de la complicadísima estructura de seminarios, coloquios y diálogos. Cada uno está en lo suyo y a veces pienso que tienen miedo, que eso es lo dominante, porque preservan lo que hacen de todo debate que pueda ponerlo en peligro (...) Tristeza de colegios entre la nieve y doble tristeza de sesiones de estudio sin real necesidad y sin real

significado.”

Por ello, al cabo de un congreso literario en Brasil, recibe como el mayor cumplido un comentario de un par de profesores jóvenes de Campinas: “Você é diferente! Você não é professor!”. La paradoja es evidente: Rama resiste con todas sus fuerzas un proceso de profesionalización y de dispersión (que hoy llamaríamos de globalización) en el cual el mismo se hallaba crecientemente embarcado. Si al salir de Montevideo había sido ya profesor universitario por algunos años, lo será en Venezuela y en otros múltiples lugares definitorios del Latinoamericanismo euronorteamericano institucionalizado. A lo largo de los años, innumerables universidades norteamericanas y europeas lo verán dictar cursos breves, medianos y regulares, a veces como conferencista, otras como profesor invitado y en varios casos, como profesor estable. Desfilarán así puestos en Princeton, Stanford, Maryland, París, Bonn, San Juan, etc. En ese mismo periplo, será tentado, por otro lado, por varias universidades que le ofrecerán cargos titulares.

Para Rama sin embargo, la oposición entre el intelectual y el académico es fundamental. Lo que está en juego es su propia autoconcepción como agente cultural y político. Por ello, refiriéndose a Princeton en donde él y Marta Traba dictaron varios cursos, insiste en una visión:

“...del pueblecito insignificante en torno al campus universitario y del círculo de profesores encerrados y como perdidos del mundo en un ghetto intelectual. Buena gente, intelectualmente dotados y con una visión crítica (...) Pero todo ello no obsta al reconocimiento de ese encierro dentro del pueblo, de la universidad, de la disciplina, que registro en casi todos estos organismos. Como si estuvieran fuera de la corriente principal de la cultura del país, contemplándola y exáminandola a veces, ignorándola frecuentemente, ligados entre sí con otros ghettos similares en diversos puntos del mundo” (135-136)

No queda claro en el párrafo si Rama les pedía a estos intelectuales latinoamericanistas una conexión más orgánica con la realidad norteamericana en la que se hallaban insertos o si lo que les reclamaba era una superación de lo que podríamos llamar la paradoja constitutiva del latinoamericanismo euronorteamericano: grandes recursos y talentos recogidos globalmente que se dedican profesionalmente al estudio de una realidad sociocultural, hasta hace no mucho, radicalmente alejada de sus localizaciones vitales en el primer mundo. A continuación, Rama propone una hipótesis:

“Es en el fondo, la diferencia con los intelectuales latinoamericanos que no han alcanzado ese grado de especialización quizás, y que en definitiva son profesores porque son escritores y a veces por añadidura políticos y cumplen simultáneamente todas las funciones en el centro de la vida social, estatuyendo el principio de reverencia al intelectual como guía, maestro, estudioso, profeta y, en ocasiones, hombre de acción. La diferencia no responde sólo a la que mide país desarrollado y país subdesarrollado, visto que la concepción del profesor-intelectual-escritor que

encuentro en América Latina responde con mucho a la influencia de los modelos franceses, y marca por lo tanto una diferencia de culturas, no sólo de niveles de especialización más complejos y desarrollados.” (136)

Esta hipótesis, no sólo deja en claro la conciencia que Rama tenía respecto a lo que, como ambición de poder, podía haber de atractivo y seductor para él mismo en la imagen del intelectual latinoamericano siempre ligado de forma directa al espacio público y político; sino que ayuda a comprender su propia angustia al verse envuelto, como resultado de los permanentes desplazamientos que le trajo el exilio, en un proceso de transformación que podía perfectamente acabar en la, para él, irrelevante tranquilidad neutralizada de un puesto académico en el Primer Mundo. Por ello, cuando en 1980 se le ofrece finalmente el trabajo de profesor permanente en la Universidad de Maryland, su respuesta, aun cuando deba ser entendida en el contexto del reciente descubrimiento del cáncer de Marta Traba, es más la expresión de un angustiado temor que la celebración del exiliado que logra, finalmente, ponerle un fin al inestable rodar de su vida:

“Hablé con Saúl Sosnowski (...) El me comunicó que el presidente de la Universidad de Maryland había firmado mi nombramiento y me pidió que almorzáramos el viernes para estudiar el asunto. ¿Y ahora qué hacer? ¿Cómo salir de esto? Lo llevé adelante porque todo parecía altamente improbable. Ahora es no sólo una realidad, sino un destino.” (144)

Lo que Rama veía en ese destino era sólo la contracara de otro igualmente temido que para él encarnaba Simón Rodríguez:

“Entrego un artículo sobre Simón Rodríguez (...) Releo sus varias obras y repaso sus vicisitudes: un destino sudamericano! diría Laprida. Duele su triste vida y acompaña. Esos decenios por escuálidas ciudades americanas, sin recuerdos, atendiendo pobres negocios, (...) esa continua frustración de pensar mejor que nadie y no ser oído, ni atendido, ni respetado; esa inteligencia, condenada por tal, en medio del caos, los apetitos desatados, la garrulería, la confusión. Todo define al intelectual de una América Latina cruda, mal amasada.” (112)

Se juntaban así las Escila y Caribdis de los intelectuales latinoamericanos de izquierda en los años del exilio y la diáspora producidos por la entrada violenta de las dictaduras militares, el colapso de las utopías a cuya formulación y elucidación se habían dedicado y la globalización tanto de las economías como de los circuitos académicos metropolitanos. Hablando de Rafael Gutiérrez Girardot, largo tiempo afincado en Alemania, Rama acotaba: “Grato encuentro con Rafael y Marliese, tan instalados en su vida (y a un tiempo tan alejados también de todo lo que es esta parte latinoamericana, revuelta pero viva, angustiosa y carnal” (115) y atribuía la proliferación de cóleras y rencillas a:

“...una oscura frustración por estar lejos del campo latinoamericano, por sentirse

como excluidos (sin que eso sea cierto, realmente) por el aire enrarecido de sus comodidades europeas" (115)

Entre las comodidades euronorteamericanas, el costo que este aislamiento comfortable suponía sobre la vida pública del intelectual con que Rama soñaba, la ausencia de la autojustificación compensatoria que el intelectual recibe de esta supuesta inserción, la pequeñez provinciana de muchos de los ambientes intelectuales y académicos tanto estadounidenses como latinoamericanos, la falta de estabilidad y la precariedad económica y existencial; entre las ganas de participar políticamente y la culpa de sustraerse al destino de otros muchos connacionales, por la vía de un exilio estabilizado en una posición académica que brindase seguridad financiera, entre estas varias situaciones habría de moverse ese vasto colectivo de intelectuales latinoamericanos repartidos por el mundo. En última instancia, esas coordenadas sólo se completaban con la formulación de una pregunta que define existencial e históricamente tanto la búsqueda intelectual en general, como, más específicamente, la búsqueda del intelectual diaspórico: "¿Habrá un lugar que llene todos los requisitos?" (77)<sup>9</sup> El exilio había de acabar siendo en el *Diario*, entonces, tanto el origen de aquello que define al intelectual en la concepción ramiana (la autovigilancia y el permanente cuestionamiento de los anquilosamientos del poder/saber) como la causa de que la conexión orgánica entre intelectual y sociedad con que Rama soñaba, fuera una tarea en permanente desplazamiento, constitutivamente incompleta.

### *El exilio intelectual y el intelectual en exilio.*

Reflexionando sobre el impacto del exilio en la emergencia y globalización de la cultura latinoamericana, Rama diría:

"La movilidad del equipo intelectual latinoamericano [ha hecho posible una] (...) tarea de globalización y percepción del conjunto, subrayando las circunstancias económicas, sociales y desde luego culturales que encuadraban a toda América Latina"<sup>10</sup>

En el título de un texto de 1981 en inglés, hasta hace poco relativamente desconocido, Rama reformularía esta conexión en los siguientes términos: "Literature and Exile. Founding the Latin American Literary Community." Todavía con mayor precisión hablaría de "una verdad paradójica": "it is actually the dictators whom we must thank for the acceleration of cultural exchange and unification in Latin America."<sup>11</sup>

Los efectos paradójicamente saludables de esta situación dolorosa eran múltiples: no sólo se desarrollaban ahora "global interpretations" de América Latina que buscaban "the macrostructure that might be able to explain to us the functioning of a continent and project a valid future for it", sino que se estimulaban "not only the exchange of knowledge but also a cultural confrontation which could have

rich and unforeseen consequences.”<sup>12</sup> Entre estas últimas, Rama mencionaba una que le parecía particularmente importante: el desplazamiento de un eurocentrismo dominante en regiones como la rioplatense por efecto de una confrontación con las limitaciones de ese pensamiento nacional y nacionalista en su traslado al ámbito de regiones de diferente constitución sociohistórica. Tal vez pensando en sí mismo y en algo que ha sido dicho con frecuencia respecto al intelectual argentino Néstor García Canclini y su experiencia mexicana (esto es, que no es tanto o no solamente García Canclini quien cambia el campo de los estudios culturales en México cuanto México el que cambia a García Canclini y le hace posible su transición desde la filosofía y la literatura al análisis de la sociedad multicultural contemporánea) Rama apunta: “this is why Argentine exiles recently settled in regions with which they had practically no previous contact—the America of mestizos and mulattoes—are discovering exotic realities...”<sup>13</sup>

Junto a la visión crítica de la realidad nacional original y a la ampliación de perspectivas que el paso de lo nacional a lo continental exigían, el exilio había también producido, según Rama, otras dos consecuencias favorables: “the writer in external exile, who enjoys freedoms denied the writer in internal exile, has had to become the custodian and defender of his endangered culture” (341) generándose así una suerte de nuevo nacionalismo transculturado por la experiencia de la diversidad multicultural y multiracial: “(a healthy sign of a new kind of nationalism) striving for the restoration of the creative values of their native culture, and at the same time taking up its causes, its protests, and even its grudges”<sup>14</sup>

Los exilios vinieron así a culminar en las décadas posteriores, ese efecto continentalizador que la revolución cubana y las reacciones norteamericanas y soviéticas, el *Boom* de la literatura y los medios de comunicación masivos, el desarrollo de la sociología de la dependencia y del desarrollismo y la creciente concentración urbana, entre otros factores, habían tenido en la década de los sesenta. Al nivel del discurso, anotemos que es en ese contexto diaspórico donde Rama desarrolla aquel estilo y ambición que lo caracterizaría: el brillante panorama de alcance continental en donde múltiples corrientes, autores, obras son explicados en unas cuantas pero poderosas líneas centrales.

Un efecto mucho menos positivo del exilio sobre el nacionalismo de los intelectuales latinoamericanos, especialmente los del Cono Sur, se anticipaba, sin embargo, en la última cita: la tensión a veces violenta entre los que estaban ‘adentro’ y los que estaban ‘afuera’. En última instancia, lo que se discutía era quién tenía el derecho a hablar y a representar a la nación sometida a la violencia dictatorial. Los de ‘adentro’ reclamaban a menudo a sus pares en el exilio los efectos de lo que Benedict Anderson ha llamado “un nacionalismo de larga distancia”.<sup>15</sup> En él, el intelectual diaspórico, especialmente el que vive en el Primer Mundo, se radicaliza en la crítica del régimen político imperante en su patria sin las restricciones de aquellos que están ‘dentro’, pero también sin tener que sufrir las consecuencias ni hacer los sacrificios que ese vivir ‘dentro’ demanda.<sup>16</sup> Los exiliados, por su parte, le reclamaban a los de adentro, la timidez de sus críticas y, sobre todo, los

compromisos éticos y políticos que, en esta visión, hacían para sobrevivir en dicho contexto. Aunque lo intentará a menudo, Rama no podrá sustraerse del todo a este vaivén político y conceptual. Ello es evidente en la comparación de las siguientes citas:

“El ejemplo de lo ocurrido con los retornos tardíos del exilio alemán o español en este siglo [el siglo XX, por supuesto] me ha llevado a sostener la legitimidad de la vuelta a la patria para todo intelectual que, sin pérdida de sus convicciones, pueda encontrar un espacio habitable dentro de ella, oponiéndome al pueril terrorismo que es de buen ver entre los que todavía no pueden encontrar ese espacio.”<sup>17</sup>

Después de una conversación en Barcelona con el escritor chileno Jorge Edwards, Rama en cambio, anota:

“La conversación recae forzosamente en Chile (...) y percibo el suave acercamiento que ya observé en otros chilenos del exilio: comienzan a colaborar en las revistas llamadas de oposición, viajan al país en visitas privadas, gestionan documentos, etc” (99)

Mientras en la primera cita Rama condena con fuerza ese “pueril terrorismo” que ve cualquier posibilidad de regreso bajo las condiciones políticamente dominantes en una dictadura como una traición ipso facto a los ideales de la democracia y la nación; la segunda, esparce su sospecha, a partir precisamente, de la visión opuesta. Aquí no pareciera haber ningún espacio para compromisos y cualquier aproximación es vista como una claudicación.

Aunque no sería el único, para Rama el exilio por excelencia, será el que viviera en Venezuela en la década de 1970. Al respecto su evaluación oscila, como hemos anticipado, entre la rabia personal y la comprensión sociológica de lo que percibe como fuertes limitaciones del medio intelectual venezolano. La rabia proviene de dos fuentes: la inseguridad (“Inseguridad. Esa es la palabra que define hoy vida y conciencia”, 44) y los que Rama describe como permanentes ataques nacionalistas de parte tanto de los intelectuales venezolanos de derecha cuanto de los de izquierda (“Bien caro me han cobrado el pan del exilio”, 78) La inseguridad es financiera y laboral (“En la Universidad nadie habla de recontratarme...”, “Marta no tiene trabajo ni posibilidad de conseguirlo”) y existencial (“ataques solapados (xenófobos algunos)”, “atraso de trabajo”, “angustia vital. Tiene que ver con la edad, con la convicción de que ya hay esperanzas frustradas.” (50-51)

Debido a la amplitud social e intensidad vital del fenómeno del exilio, Rama llegará a analogar su situación con la de los trabajadores inmigrantes que se acumulaban en los suburbios ya no sólo de las grandes ciudades latinoamericanas (la migración interna del campo a la ciudad) sino de varias de las megapolis metropolitanas como Los Angeles y Nueva York.

A ello agregaba, muy al corriente del estado de las nuevas investigaciones sociológicas en América Latina, la internacionalización de las migraciones latinoamericanas dentro del continente en procesos que hacían de Buenos Aires

o Ciudad de México algunas de las ciudades paraguayas o guatemaltecas más importantes. En este sentido, América Latina se constituía activamente como objeto y como perspectiva de estudio de dimensión continental gracias o debido a los exilios masivos de intelectuales y a los desplazamientos, aun más numerosos, de los inmigrantes.

En su angustiada situación, repito, la lucidez le alcanza a Rama para hacer constantes esfuerzos por entender las condiciones específicas de su exilio e intentar en ello múltiples acercamientos y perspectivas. Lo que interesa destacar aquí es cómo Rama usa el exilio para cuestionar, aunque no siempre exitosamente, algunos de los prejuicios y limitaciones de su propia condición rioplatense. A la vez que usa esa condición para criticar a veces inmisericordemente el espacio intelectual venezolano. En ese esfuerzo analítico y autoanalítico, en esta reflexión de doble dirección, no tan común como cabría esperar entre intelectuales, se forjan algunos de los verdaderos frutos del exilio sobre la constitución del campo de estudios latinoamericanos a la sazón emergente en América Latina y en fuerte proceso de consolidación en los Estados Unidos; se descubren las múltiples regiones culturales que el continente verdaderamente encierra, los diálogos inexistentes y necesarios entre ellas, las limitaciones y fortalezas de las posiciones nacionales, la necesidad de perspectivas que simultáneamente respeten la especificidad local, regional y nacional y las inscriban en espacios analíticos más vastos.

No sorprende que Rama aplicara en este esfuerzo las coordenadas que definieron su hipótesis sobre la transculturación en América Latina. En un cierto sentido, el exilio brinda la demostración más sólida de que los diferentes países en el continente comparten una organización de la vida intelectual innecesariamente polarizada entre dos corrientes contrapuestas, con efectos igualmente nocivos en ambos casos. Analizando la realidad del campo cultural venezolano contemporáneo, por ejemplo, Rama veía una cultura nacional aun en formación y súbitamente expuesta a un proceso de rápida y desigual modernización. En este contexto de miradas desde y hacia adentro y desde y hacia afuera se estructuraba un campo intelectual en permanente necesidad de estabilización que, casi invariablemente, se lograba de maneras insatisfactorias y, para Rama, inaceptables. Analizando así a esos intelectuales venezolanos distinguía a los que solamente miran a Europa, aquejados no sólo de un extranjerismo ingenuo sino también condenados en su fascinación por las vanguardias europeas de entreguerra, a una fetichización de un reducido grupo de autores ya muertos e incapacitados así de conectarse con la cultura europea viviente. En el otro extremo se hallaban varias formas de provincialismo, a veces propiamente parroquial y otras, directamente nacionalista y xenofobo. Concentrados ahora en la capital, ambos grupos adolecían de sendas formas de miopía intelectual. Mientras para unos: "La visión intelectual quedó marcada [en el proceso de modernización desigual] por esa posición defensiva (que en sus mejores instancias da la obra de un Rulfo y en las peores, que son las m\*s frecuentes, la sacralización telúrica, el culto de lo humilde y familiar, la falsedad de un provincialismo sin fuerza ni verdad..." (82)), para otros, la cultura era, de una manera sólo superficialmente diferente, una similar estrategia de resguardo en el

pasado, esta vez más prestigioso (por europeo) pero igualmente reductivo.

La experiencia del exilio para quienes veían ahora críticamente las limitaciones de sus propias culturas nacionales, por un lado, y la aceptación física e intelectual de los inmigrantes masivos y de élite (y de las críticas implícitas y explícitas que ellos representaban para los sistemas de valores imperantes en las sociedades de llegada) en el caso de aquellas culturas nacionales impactadas por fuertes flujos migratorios, por otro, habrían de tener en América Latina un impacto transformador sobre lo que más arriba llamamos un nuevo nacionalismo transculturado. En él, aquellas dos tendencias polarizadas entre el provincialismo y el extranjerismo, habrían de encontrar, idealmente al menos, una resolución dialéctica en que lo nacional apareciera potenciado por una capacidad para seleccionar y justipreciar tanto la variedad de sus fuerzas internas (al nivel local, regional o nacional) como los estímulos externos que América Latina y el resto del mundo podían ofrecerle.

Al nivel personal, las cosas no eran más fáciles para un Rama que se autopercibía como un provinciano permanentemente transplantado y, simultáneamente, como el encargado perenne de ampliar el horizonte mental de las muchas comunidades en que vivió. Este autoposicionamiento, a medio camino entre la pertenencia o integración y la alienación o separación, se convertiría así en su propia forma de negociar estos opuestos:

“¿Por qué vive usted en la provincia y no en las capitales?, podrían decirme. Y tendré que contestar, Debe ser porque correspondo a ellas, no sirvo, no tengo ni capacidad ni voluntad para más altos niveles. Probablemente a mí me corresponde ser el chejoviano que en la provincia sueña y delira con la capital, sirve de tránsito a los productos entre una y otra, pero no alcanza a las capitales.” (57-58)

Si recordamos que Rama se habría de quejar innumerables veces del reduccionismo parroquial que afectaba a muchas instituciones e intelectuales del Primer Mundo, caeremos en la cuenta de que, como el viajero de Kavafis en nuestro epígrafe, este provinciano que no se encuentra en casa en ningún hogar, no podría jamás alcanzar la capital pues ésta se había tornado más mítica que real. Por ello, en su pregunta “¿Habrá un lugar que llene todos los requisitos” (77) debemos ver una manifestación, dentro de una cierta concepción del intelectual, de la alienación connatural, de la metafísica constitutiva que define a éste respecto a las sociedades en que vive y piensa.

En última instancia —paradójica conclusión en el caso de un intelectual de izquierda que tan fuertemente resistió la figura del académico metropolitano, encerrado en sus textos especializados y carente de contacto con la realidad en que vive— Rama soñó a menudo el sueño que, tarde o temprano, muchos intelectuales, latinoamericanos o no, sueñan:

“Cansado del combate en que constante vivo, algo así dice Bécquer en un verso, pero yo no sueño en una tumba, sino en un apacible hogar con libros y música,



sin tener que correr, crear trabajo, deslomarme en mil tareas.” (105)

Aunque no debe soslayarse el carácter burgués del sueño que define regularmente ya sea la proveniencia o la aspiración última del intelectual latinoamericano, también es posible leer en él, la denuncia efectiva de sus condiciones de trabajo, la queja perenne frente a la precariedad de las circunstancias que rodean su labor y pensamiento:

“Quisiera estar en una situación que nunca conocí, estudiando, escribiendo lo que me venga en gana, quizás dando clases a estudiantes como los que tuve en Stanford (preparados, atentos, cordiales).” (108)

Por ello a lo largo del *Diario*, aparecen varias ciudades en que la vida del intelectual exiliado une a la incertidumbre del cambio, la esperanza de que ésta o aquella urbe si sea el lugar perfecto, el fin del peregrinar. Montevideo, Bogotá, Barcelona, Washington, París ofrecen, con variados grados de duración e intensidad, esa perspectiva. En ellas Rama y Marta Traba construyeron y, a menudo, sostuvieron simultáneamente, una serie sorprendente de casas y apartamentos en la búsqueda afanosa de esa “ficción de hogar” (166). En cada una de estas viviendas, ambos realizaron varias veces la acumulación originaria que parece sostener el capital cultural y la imaginación de riquezas del intelectual. Instalaron allí, en el centro de esa fundación cada vez original, su axis mundi en la forma reconfortante de una biblioteca. Por ello los libros se transforman en el *Diario* en personajes importantes: Rama los compra, los lee, los recibe, los traslada, los estudia, los pierde y recupera. Abundan las citas en que Rama, en involuntario tenor Borgiano, se preocupa por una u otra biblioteca y se propone, entre angustiado y esperanzado, su reconstrucción en un nuevo hogar:

“Me sobrecoge quedarme sin mi biblioteca y la de la Universidad. Marta ya apalabró la venta de la suya, cosa que me espanta (...) Yo no sé que hacer...” (111)

“En el estudio [en Washington] pusimos una biblioteca ocupando toda la pared, la cual prácticamente quedó llena con las cajas de libros existentes. Ni pensar en traer la biblioteca, ni la de Montevideo, ni mucho menos la de Caracas. ¿Qué hacer con ellas? ¿Y la de Barcelona...? (164)

No es difícil percibir cómo el exilio enfrenta a Rama a un cuestionamiento y a una alternancia de y entre los diferentes modelos y trayectorias vitales y profesionales que se sucederían, apareciendo y desapareciendo, en su vida. Por ello, en la respuesta a esa ya mencionada interrogante —¿Habrà un lugar que llene todos los requisitos” (77), clave tanto del intelectual en general como, en particular, del intelectual en el exilio— Rama oscilará entre la afirmación del modelo intelectual de la izquierda latinoamericana y la seducción ante el modelo académico del Primer Mundo.

No es necesario decidir aquí si Rama representa un momento del campo de estudios latinoamericanos y latinoamericanistas (es decir, si se lo puede ver

como ejemplo de un momento en un proceso evolutivo en que la especialización creciente será la norma) o si se lo puede considerar como representante de una de las posiciones todavía hoy válidas y existentes en dichos campos (es decir, como amalgama efectiva de intelectual, académico, periodista, gestor cultural.) O, por último, si es posible apreciarlo, más bien, como una figura o posición, reservada a unos pocos agentes, de articulación entre estos campos de localización geográfica y social diversa.

No es necesario decidir estas cuestiones para afirmar que el Diario de Angel Rama proporciona, como hemos tratado de mostrar, un acceso privilegiado a la problemática del exilio latinoamericano y a su importancia en la constitución del campo especializado del Latinoamericanismo en los Estados Unidos y en América Latina. No sólo al importante nivel biográfico del desplazamiento de múltiples intelectuales a lo largo del continente, sino al teórico-histórico de los conceptos y las perspectivas que así se abren, el Diario de Rama invita a una reflexión, que aquí sólo he podido esbozar. Una reflexión sobre la relación entre los agentes, las realidades históricas, la construcción de objetos de estudio y la institucionalización de dichos agentes, objetos y espacios tanto en el ámbito público más amplio como en el más restringido de la universidad. El texto se constituye también, y esto es igualmente crucial, en la revelación de los conflictos internos que aquejan a esos intelectuales diaspóricos en su continuo enfrentamiento con los intelectuales del exilio tanto interno cuanto externo y con los residentes en sus lugares de llegada.

#### NOTAS

1. Cavafy, C. P. "The City", en *The Complete Poems of Cavafy*, San Diego, New York, London: Harcourt Brace, 1989.

2. Véanse las colaboraciones en este volumen y Zelaya Kolker, Marielena. *Testimonios Americanos de los Escritores Españoles Transterrados de 1939*, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica/ Instituto de Cooperación Iberoamericana.

3. Poblete, Juan (editor). *Critical Latin American and Latino Studies*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2003.

4. La Biblioteca Ayacucho fue creada en 1974 por decreto del Presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, para celebrar el sesquicentenario de la batalla de Ayacucho. "Angel Rama, que había sido el principal promotor del proyecto, es nombrado Director Literario y miembro de la Junta Directiva" (Blixen, Karina and Alvaro Barros-Lémez. *Cronología y bibliografía de Angel Rama*. Montevideo: Fundación Angel Rama, 1986, p. 50). El proyecto, en la visión de Rama, es descrito en su artículo: "La Biblioteca Ayacucho como instrumento de integración latinoamericana" (Rama, 1981)

5. Novelista y dramaturgo en los años cincuenta en Uruguay, Rama se alzó con gran rapidez como figura crítica de relevancia e inició una tras otra, las varias empresas culturales en que participó en el contexto de lo que el mismo dio en llamar la "generación crítica". Si se sigue paso a paso la excelente *Cronología y Bibliografía* que Carina Blixen y Alvaro Barros-Lemez, respectivamente, elaboraron de su vida, se puede destacar de inmediato su precocidad.

Ya a los 24 años, hacia 1950, la incesante actividad que haría de él la figura del Angel Rama que nos es familiar, ha recortado su perfil casi completo y dibujado su contorno múltiple de periodista cultural, traductor, crítico y editor. A ello agregará muy pronto otras tres aristas: el comienzo de su labor docente que lo había de llevar como conferencista y profesor a buena parte de América Latina, los Estados Unidos y Europa; su apabullante labor como compilador, editor crítico y/o prologoista de más de sesenta volúmenes y la autoría de más de quince libros. Véase Blixen y Barros Lemez (1986).

6. Véase Blixen y Barros Lemez, 1986: p.55.
7. Todas las citas con número de página para las que no se aclara otra fuente, pertenecen al *Diario 1974-1983* de Angel Rama.
8. Romero, José Luis. *Latinoamérica: las Ciudades y las Ideas*, Mexico: Siglo XXI, 1976; y Véliz, Claudio.
9. O un poco después, refiriéndose a los intelectuales académicos latinoamericanos en París: “¿por qué están allí? ¿qué han ganado? ¿para qué sirvió ese viaje y esa incorporación, a medias siempre, a otra cultura, a otra vida?” (77)
10. Rama, “La Riesgosa navegación del escritor exiliado”, *Nueva Sociedad*, marzo-abril, 1978, citado por Blixen y Barros Lemez, 1986: p.58.
11. Bajo el título abreviado de “Literature and Exile” se lo encuentra hoy en Stavans, Ilans. (editor) *The Oxford Book of Latin American Essays*, New York-Oxford: Oxford University Press, 1997, pp.335-342. La cita en página 338. Fue publicado originalmente en *Review*, 30, September-December, 1981. Este artículo traduce parcialmente otro publicado originalmente en español en 1978 bajo el título de “La riesgosa navegación del escritor exiliado” e incluido ahora en el libro homónimo. Véase Rama, Angel. *La riesgosa navegación del escritor exiliado*, Montevideo: Arca, 1993.
12. Rama, “Literature and Exile”, pp.338-339.
13. Rama, cit., pp.337-338.
14. Rama, cit., p.341.
15. Anderson, Benedict. “Exodus.” *Critical Inquiry* 20 (2), 1994.
16. Rama escribe: “...falta esa otra verdad que los propios escritores exiliados han cubierto con cortinas de humo: que en una buena proporción viven mucho mejor que en sus patrias originarias, han conquistado buenos puestos y buenas retribuciones dentro de sociedades ordenadas (y también represivas) a las que (Dios sea loado!) no están obligados a combatir, compensando sus conciencias con arrebatadas proclamas sobre la opresión de la patria lejana...” en “Las Ultimas novelas de Donoso: Las Metamorfosis del exilio latinoamericano”, en Rama, Angel. *La riesgosa navegación del escritor exiliado*, cit., p. 285.
17. Rama, Angel. “Las Ultimas novelas de Donoso: Las Metamorfosis del exilio latinoamericano”, id. ibidem, pp. 281-282.